

**CONSCIENCIA E INCONSCIENTE DESDE EL
BIOANÁLISIS Y EL CONSTRUCTIVISMO MONOLECTICO. (Parte II)
LA ‘CONSCIENCIA’ COMO UN HOLON.**

Ps. Juan V. Gallardo C. (*)

RESUMEN.

Este artículo examina la naturaleza de la Consciencia desde una perspectiva bioanalítica, fundamentándose en las aportaciones de Sándor Ferenczi, la noción de “holón” propuesta por Arthur Koestler, el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno y el modelo cerebral TriUno de Paul MacLean. Se propone una definición bioanalítica de la Consciencia dentro de un marco constructivista monoléctico, alineado con los principios epistemológicos y conceptuales desarrollados por Ferenczi. En este contexto, la Consciencia es caracterizada como un “holón” material de naturaleza relacional (M3) y representacional (M2), definida como un “objeto abstracto-sensorial, genérico, sincategoremático, estructural, funcional y operacional”. Este enfoque subraya las complejas symploké entre lo corpóreo (M1), lo representacional (M2) y lo relacional (M3), permitiendo explorar la Consciencia como un “todo” en tanto unidad, identidad y finalidad. Se analizan los holones configuracionales, procesuales, distributivos y atributivos de la Consciencia.

Palabras claves: Aparato Mental, Bioanálisis, Consciencia, Series Complementaria, Cerebro TriUno, S. Ferenczi, A. Koestler, Holón, Materialismo Filosófico, Gustavo Bueno, Paul MacLean.

SUMMARY

This article examines the nature of Consciousness from a bioanalytical perspective, drawing on the contributions of Sándor Ferenczi, the notion of the “holon” proposed by Arthur Koestler, the Philosophical Materialism of Gustavo Bueno, and Paul MacLean’s Triune Brain model. A bioanalytical definition of Consciousness is proposed within a monolexical constructivist framework, aligned with the epistemological and conceptual principles developed by Ferenczi. In this context, Consciousness is characterized as a “material holon” of relational (M3) and representational (M2) nature, defined as an “abstract-sensory, generic, syncategorematic, structural, functional, and operational object.” This approach emphasizes the complex symploké between the corporeal (M1), the representational (M2), and the relational (M3), allowing Consciousness to be explored as a “whole” in terms of unity, identity, and purpose. The configurational, procedural, distributive, and attributive properties of Consciousness are analyzed.

Keywords Mental Apparatus, Bioanalysis, Consciousness, Complementary Series, Triune Brain, S. Ferenczi, A. Koestler, Holon, Philosophical Materialism, Gustavo Bueno, Paul MacLean.

... he intentado recoger estos cabos sueltos, los hilos
de ideas que se arrastran en los márgenes de la ortodoxia,
y tejerlos en un patrón comprensivo en un marco unificado.
(Arthur Koestler, 1967)

INTRODUCCIÓN.

La exploración de la Consciencia (Cc.) ha sido uno de los desafíos más complejos e intrincados en la historia del pensamiento humano. Desde las primeras indagaciones filosóficas hasta los avances más recientes en neurociencia, su estudio ha oscilado entre intentos por desentrañar su naturaleza, esencia y manifestaciones, así como por comprender sus mecanismos y funciones. A lo largo del tiempo, el concepto de Consciencia ha experimentado una notable evolución: desde las especulaciones metafísicas de la antigüedad, pasando por las teorías psicoanalíticas de Freud hasta los enfoques actuales en neurociencia. Sin embargo, su carácter esquivo ha dado lugar a una multiplicidad de definiciones fragmentadas, muchas de ellas influenciadas por preconcepciones e interpretaciones basadas en el sentido común y/o sobre elaboraciones de carácter contraintuitivo y/o abiertamente especulativas.

En este contexto, el presente artículo tiene como objetivo avanzar hacia la matematización de la psicología y la construcción de un paradigma unificado, empleando una metodología que busca conjugar y sintetizar las diversas disciplinas que han abordado este fenómeno. Este enfoque integrador se fundamenta en el Bioanálisis y las premisas epistémicas de Sándor Ferenczi, incorporando la teoría holótica de Arthur Koestler, el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno y el modelo cerebral TriUno de Paul MacLean.

Este enfoque propone trascender los reduccionismos disciplinarios y los fragmentos teóricos para construir un marco comprensivo que permita integrar los aspectos biológicos, psicológicos y culturales de la Consciencia. La matematización de la psicología, en este sentido, no se reduce a una cuantificación de variables, sino que aspira a estructurar modelos teóricos que reflejen la complejidad y la interrelación entre los diferentes niveles de organización de la experiencia humana. Desde el Bioanálisis, se enfatiza la necesidad de abordar la Consciencia no solo como un fenómeno individual, sino como un objeto material (M1, M2 y M3)¹ con sus respectivas symplokes, mediante una metodología utraquística, mutualista y anfimíctica en la que los elementos intrapsíquicos, intersubjetivos y materiales interactúan dinámicamente. La teoría holótica de Koestler ofrece un marco para entender estas interacciones como una jerarquía de sistemas interdependientes, donde cada nivel opera simultáneamente como totalidad autónoma y como parte de un sistema mayor. Asimismo, el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno aporta una perspectiva crítica para analizar las concepciones de la Consciencia desde un prisma ontológico, desvelando las falacias epistemológicas y las hipóstasis que suelen acompañar los enfoques reduccionistas o dualistas. Finalmente, el modelo TriUno de MacLean proporciona un fundamento neurobiológico para comprender cómo las diferentes capas del cerebro interactúan en la generación de procesos conscientes, integrando las dimensiones pulsionales, emocionales y racionales en una estructura funcional unificada. Esta combinación de marcos teóricos nos permite sentar las bases para un modelo integrador que aborde la materialidad de la Consciencia tanto en su materialidad relacional (M3) como representacional (M2).

El presente trabajo no solo busca avanzar en la conceptualización de la Consciencia desde un paradigma integrador, sino también ofrecer herramientas teóricas y metodológicas que contribuyan a una mejor comprensión y abordaje de este fenómeno en los ámbitos clínico, académico y de la investigación interdisciplinar. Este artículo constituye una continuación directa del trabajo titulado “Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monolético (Parte I): Prolegómenos al estudio de la ‘Consciencia’” (Gallardo, J. V., 2024), en el cual se establecieron los fundamentos teóricos y conceptuales para abordar el estudio de la Consciencia. En dicho trabajo se exploraron conceptos clave como la noción de “holón”, las bases del Constructivismo Monolético, la historiografía del término “Consciencia” y los desarrollos contemporáneos más relevantes, incluyendo las aportaciones de autores como David J. Chalmers, Thomas Metzinger, Antonio Damasio, Daniel Dennett, Humberto Maturana, Francisco Varela, Christof Koch, y una especial atención a Nolberto Salinas Vucina en su obra “Travesía a Vulcano. La peligrosa aventura del pensamiento”. Además, se propuso una definición preliminar que sirviera como punto de partida para un análisis más detallado, el cual se desarrolla y profundiza en este artículo.

A partir de los avances previamente expuestos, este trabajo se centra en la comprensión de la Consciencia como un holón, concebida como un sistema complejo que funciona simultáneamente como una totalidad autónoma y como una parte integrada dentro de un sistema más amplio. Este enfoque reconoce que la

Consciencia no es un fenómeno aislado, sino un proceso dinámico que surge de la interacción de múltiples niveles materiales, representacionales y relacionales. Se propone, además, un marco conceptual más desarrollado y operativo que permita analizar la Consciencia desde una perspectiva racional y holística, que permita abarcar sus dimensiones funcionales, estructurales, operativas y fenoménicas de manera integrada y sistemática.

MATEMATIZANDO LA CONSCIENCIA

Matematizar el problema de la Consciencia implica construir un marco formal que permita representar, analizar y modelar sus aspectos fundamentales mediante herramientas matemáticas. Esto no significa reducir la complejidad de la Consciencia a números o fórmulas simplistas, sino desarrollar un lenguaje preciso que capture sus propiedades estructurales, dinámicas y funcionales. La propuesta parte de identificar los componentes básicos (como percepción, memoria, emoción, entre otros) y organizar estos elementos en niveles jerárquicos, u ‘holones’, cada uno con su propia lógica y relaciones. Desde este enfoque, los holones inferiores representan propiedades concretas y medibles, mientras que los superiores abarcan patrones abstractos y emergentes. El objetivo es establecer un puente entre estos niveles para que las relaciones complejas puedan formalizarse, facilitando de este modo la comprensión de cómo se integran los procesos psíquicos. Matematizar no solo busca entender la Consciencia desde sus bases más simples, sino también modelar su comportamiento emergente, permitiendo explorar nuevas hipótesis y aplicaciones interdisciplinarias. Es, en esencia, un esfuerzo por dar rigor conceptual a un fenómeno que ha sido tradicionalmente tratado desde enfoques especulativos o fragmentarios.

Abordar el tema de la Consciencia desde una aproximación que intente matematizar sus proposiciones representa una aproximación que ofrece una mirada original, no solo para el análisis de esta, el estudio de sus componentes o la exploración de sus cualidades, sino también para establecer un encuadre denotativo, menos especulativo, que permita aprehender las propiedades de su materialidad misma. La Consciencia, como constructo biopsíquico, se entiende estructuralmente como un objeto material Relacional (M3) y fenoménicamente como un objeto material Representacional (M2), según los géneros de materialidad de Gustavo Bueno. Esto la convierte en un objeto conceptual que puede ser aprehendido mediante la deducción de su particular conjunción constante de datos, la consistencia interna de sus proposiciones y su epistemología derivada y —como lo más ambicioso de esta propuesta— una formulación matemática abierta al cálculo.

Como género de materialidad M3, la Consciencia está subordinada a la necesidad de sustentar sus proposiciones en la consideración de un holón estructural, que es a su vez una parte de un todo mayor: el Aparato Mental; y que se compone de sub-todos que se ramifican en otros sub-holones (dintornos, contornos), que mantiene relaciones con otros holones de su entorno, y symplokes con otros géneros de materialidad. A su vez como materia Representacional (M2) la experiencia fenoménica de la Consciencia corresponde a aquella dimensión de la Subjetividad que da cuenta de una symploke entre el Yo y los objetos de representación, y de lo Subjetivo y lo Objetivo². Un dato de la Consciencia se correlaciona necesariamente con datos de otros niveles de materialidad, como el mundo físico (M1) o las representaciones psíquicas (M2), y es en esta correlación donde el constructivismo Monolético sostiene su concepción de un monismo/plural sobre la realidad.

La Consciencia en tanto holón, en su primer nivel³ se ramifica en cuatro holones: atributivo, distributivo, configuracional y procesual, y la indistinción de estas categorías es lo que la ha llevado a ser considerada tanto un estado (sensorial, fenoménico, de la mente), un sistema, una estructura, una función, una dinámica o una ‘emergencia’ (algo que surge de la interacción compleja de elementos más simples, como el cerebro, el cuerpo y el entorno) sin distinguir apropiadamente categorías lógicas, formales, condiciones de estabilidad, de operatividad, etc. La matematización de la Consciencia parte por considerar cada uno de estos holones en sus méritos, evitando la laxitud reflexiva, los sesgos de análisis y el uso de la retórica como estrategia de comunicación.

En consecuencia, entendiendo diferentes concepciones según el holón de análisis, entenderemos en una primera aproximación a la noción de la Consciencia como un “mecanismo aperceptivo de las

percepciones”⁴ un sistema emergente y dinámico que resulta de la interacción interdependiente de procesos psíquicos fundamentales: percepción, memoria, pensamiento, fantasía/imaginación, sensación, emoción, autopercepción y voluntad/intencionalidad. Estos procesos actúan como nodos⁵ dentro de un holón jerárquico, donde cada nodo contribuye a la unidad funcional y operativa del sistema. La Consciencia es un dispositivo biopsíquico encargado de realizar una función multivariada y/o funciones compuestas, integrando diversos parámetros representados por funciones específicas:

$$C(x) = \forall x \in I: x \subseteq PS$$

C(x): Representa la consciencia asociada al contenido x.

$\forall x \in I$: Todo x que pertenece al conjunto de imago (I), que son elementos susceptibles de representación.

$X \subseteq PS$: Define que x está contenido en la Pantalla de Sueño (PS), el espacio mental donde se proyectan las imágenes o representaciones

$$C(x) = f [P(x), M(x), T(x), F/I(x), S(x), E(x), A(x), V/I(x)]$$

Donde: P(x) Percepción; M(x) Memoria; T(x); Pensamiento; F/I(x) Fantasía/Imaginación; S(x) Sensación; E(x) Emoción; A(x) Autopercepción; y V/I(x) = Voluntad/Intencionalidad; siendo (x) contenidos intrapsíquicos susceptibles de representación. Estas dimensiones abarcan los procesos psíquicos fundamentales que operan de manera interconectada y constituyen la base de la experiencia consciente. Cada uno de estos componentes representa una función en el holón de la Consciencia, donde la percepción, la memoria, el pensamiento, la sensación, la fantasía, la emoción, la autopercepción y la voluntad representan ‘nodos’ dentro del sistema holárquico de partes y subpartes.

El producto final de esta integración es una relación intrapsíquica entre el perceptor (proto-Yo, imagen de sí, Yo observador) y lo apercebido (percepción de percepción), bajo el valor de una meta-imago — un elemento alfa—, es decir, una representación ‘ideacional’ de una imago o representación (M2). Esta meta-imago emerge de la interacción entre elementos de un mismo dominio material (M1, M2 o M3) jerárquicamente distribuidos o entre diferentes niveles de materialidad (M1, M2 y M3).

En su esencia, la Consciencia es una *symploké*, una interconexión compleja entre un objeto representado y una entidad que lo percibe, inaugurando un conjunto de nuevas funciones operacionales en las cuales el sujeto se percibe a sí mismo como cognoscente, y al objeto como imago cognoscible. Esto permite el surgimiento de nuevas posibilidades operatorias, tanto espaciales como temporales, que no serían posibles en las conductas automáticas y reflejas, los automatismos somáticos y motores, y/o la coordinación condicionada de acciones.

El conjunto C se define como el conjunto de todas las representaciones psíquicas que son susceptibles de ser percatadas:

$$C = \{ \forall x \in M2 / x \text{ es susceptible de percatación por el Yo, y distinguible como Yo / No-Yo} \}$$

Este conjunto agrupa las representaciones proyectadas en un espacio mental donde se replican los contenidos psíquicos, lo que Bion llama pantalla de sueño o lo que Dennett critica como Teatro Mental cartesiano. Dicho espacio es un lugar donde las imágenes mentales son percibidas como si fueran proyectadas en una superficie, y donde el Yo desempeña un papel activo al identificar, procesar y diferenciar los contenidos.

La percatación o reconocimiento que realiza el Yo se articula mediante una serie de mecanismos de introyección, proyección y reintroyección, que corresponden a cómo el sujeto integra las representaciones, las externaliza y luego las vuelve a interiorizar, ajustando su relación con las imágenes proyectadas. Este proceso es clave para la estructura de la Consciencia y la autorregulación psíquica.

El conjunto C y sus subconjuntos relacionados pueden representarse como:

C_{Yo} : Representaciones percibidas como parte del Yo.

$$C_{Yo} = \{x \in C / x \text{ es percibido como parte del Yo}\}$$

C_{No-Yo} : Representaciones percibidas como externas o ajenas.

$$C_{No-Yo} = \{x \in C / x \text{ es percibido como parte del No-Yo}\}$$

Estas funciones, organizadas jerárquicamente, permiten al Yo identificar, procesar y diferenciar los contenidos psíquicos, contribuyendo así a la experiencia fenomenológica propia de la Consciencia.

EL HOLÓN: FUNDAMENTOS PARA REPENSAR LA CONSCIENCIA

En el siglo XXI, se está presenciando un cambio paradigmático que busca superar los enfoques fragmentarios en el estudio de la Consciencia, adoptando un marco epistemológico integral y relacional. Este enfoque, alineado con el Constructivismo Monolético, se fundamenta en los principios epistémicos propuestos por Sándor Ferenczi, como la anfimixia, el utraquismo y el mutualismo, e incorpora herramientas conceptuales como la noción de holón y holarquías, junto con la noción de continuos dinámicos y artefactos cognoscitivos. En este contexto, el presente trabajo propone comprender la Consciencia como un holón, con el objetivo de facilitar una definición bioanalítica que explore sus características esenciales y sienta las bases para un análisis sistemático.

En la primera parte de esta trilogía hemos desarrollado una comprensión de la Consciencia definiéndola como un “objeto abstracto-sensorial, genérico, sincategoremático, estructural, funcional y operacional”. Esta definición implica concebirla como un constructo abstracto-sensorial que integra estructuras interconectadas bajo principios reguladores específicos. Además, hemos descrito cómo este constructo no posee una significación completa por sí mismo, sino que adquiere sentido y operatividad al interactuar con los contenidos que metaboliza. Su carácter genérico indica que pertenece a una categoría amplia, propia de lo humano, mientras que su naturaleza estructural alude a una organización interna coherente. Finalmente, los aspectos funcional y operacional destacan su utilidad y su capacidad para ser comprendida mediante procedimientos específicos.

Conceptualmente, la Consciencia la hemos definido como un mecanismo psíquico de “apercepción”, entendido como ‘percepción de percepciones’. Este mecanismo metaboliza percepciones externas e internas mediante procesos de recalculamiento, organizándolas en un fugaz espacio psíquico dentro de un breve continuo temporal. En este sentido, la Consciencia se caracterizaría por su interdependencia con respecto a los contenidos que procesa —ya sean rectos u oblicuos— así como por su capacidad de organizar y sintetizar estas percepciones en un marco funcional que potencialmente la preserva, si bien esta es susceptible de afección.

El proceso de apercepción implica dos modalidades, un proceso de integración activa y otro silente. La Integración activa ocurre cuando las percepciones son metabolizadas como captaciones básicas, productos simbolizados o referentes sensoriales puros, organizados según la naturaleza del contenido, experiencias previas y esquemas cognitivos del sujeto; en tanto que la Integración silente, sucede cuando los contenidos percibidos no alcanzan el umbral de la representación o de la Consciencia, o bien retroceden debido a mecanismos como la negación, la represión o representaciones inconsciente.

En ambos casos, la apercepción recalcula y relaciona los estímulos, dotándolos de significado según el contexto personal, cultural y psicológico del individuo. El producto final se manifiesta como una ‘imago’ o representación mental. Esta capacidad de integrar y sintetizar percepciones destaca el papel central de la Consciencia como mecanismo organizador y regulador dentro del aparato psíquico.

No obstante, antes de profundizar en una definición de la Consciencia desde el bioanálisis, el presente texto se orienta a un análisis previo en tanto exploración de la Consciencia como un ‘holón’. Esta

aproximación preliminar permite sentar las bases para comprender la naturaleza de la Consciencia como un sistema dinámico y relacional, articulando sus características fundamentales y su integración en sistemas psíquicos más amplios.

Desde esta perspectiva, nos aproximamos a concebir la Consciencia como un holón, es decir, una totalidad autónoma que, simultáneamente, forma parte integrada de sistemas mayores dentro de una jerarquía funcional. Como totalidad, la Consciencia se define por su ‘unidad, identidad y finalidad propia’, describiéndose a través de propiedades atributivas, distributivas, configuracionales y procesuales. En su organización interna, presenta ‘niveles jerárquicos’ (holarquías) que permiten analizar sus componentes tanto estructurales (espaciales) como funcionales (temporales). Como ‘sub-todo’, la Consciencia se relaciona con otras estructuras del aparato mental, integrándose en una red más amplia de sistemas psíquicos interdependientes.

Definir la Consciencia como un holón ofrece un enfoque integral para abordar sus dimensiones materiales, representacionales y relacionales, destacándose su papel como mecanismo organizador dentro del aparato psíquico y su integración en sistemas mayores. Este modelo proporciona una base sólida para un análisis sistemático, evitando las confusiones y ambigüedades que han limitado su estudio en teorías previas. Así, la Consciencia se sitúa como una unidad material clave dentro del conjunto del aparato mental.

LA CONSCIENCIA COMO HOLON

... el organismo no es un mosaico de procesos físico-químicos elementales, sino una jerarquía en la que cada miembro, desde el nivel subcelular hacia arriba, es una estructura estrechamente integrada, equipada con dispositivos autorreguladores, y disfruta de una forma avanzada de autogobierno [...] Cuando el fisiólogo mira cualquier órgano “desde arriba”, desde la cima de la jerarquía, lo ve como una parte dependiente. Cuando lo mira “desde abajo”, desde el nivel de sus componentes, ve un todo de notable autosuficiencia (Koestler, A. 1966)

Considerar la Consciencia como un holón nos remite a una configuración que comprende un todo y sus partes, en el cual: su Unidad tiene que ver con el todo y las conexiones de sus partes constitutivas; su Identidad se relaciona con las partes distintivas que quedan dentro del todo y fuera de éste, y su Finalidad con la manera en que dichas partes se concatenan (procesualmente) en función de un particular propósito. Holóticamente, la Consciencia atendiendo a su estructura lógico-material, es tanto un todo atributivo (mereológico) como distributivo (taxonómico), y, considerando sus condiciones de estabilidad, también puede ser entendida como un todo configuracional (partes simultáneas) y procesual (partes sucesivas).

El método propuesto para inaugurar el estudio de la Consciencia como holón adopta un enfoque bioholótico basado en un razonamiento psicoestructural que articula las partes constitutivas de este constructo con sus interacciones y relaciones funcionales. Este análisis busca integrar la perspectiva del Bioanálisis con la naturaleza holótica de los sistemas psíquicos, abordando tanto las estructuras jerárquicas como sus configuraciones dinámicas y sus holones inferiores y/ o de último nivel. La necesidad de este enfoque surge de la frecuente vaguedad conceptual con la que se han tratado términos clave en disciplinas científicas y humanísticas, generando modelos teóricos imprecisos. Desde un paradigma constructivista monolético, este análisis permite clarificar los elementos esenciales de la Consciencia, definiendo su materialidad (M3) y enriqueciendo tanto su consistencia interna como su epistemología derivada.

La Consciencia, entendida como ‘holón’, es simultáneamente un todo completo y una parte integrada dentro de sistemas más amplios. En un primer nivel de análisis, se distinguen cuatro ramas principales, esto es cuatro subcategorías fundamentales: Atributiva, Distributiva, Configuracional y Procesual. En un ‘holón atributivo’ se identifican las propiedades esenciales que definen su identidad y garantizan la cohesión del conjunto; un ‘holón distributivo’ clasifica y organiza sus componentes en taxonomías jerárquicas que reflejan la relación entre el todo y sus partes; un ‘holón configuracional’ representa la integración funcional y estructural de sus elementos dentro de un sistema operativo coherente; y un ‘holón procesual’ analiza las

dinámicas temporales y las transformaciones secuenciales que caracterizan su desarrollo y evolución. Este marco metodológico proporciona una aproximación rigurosa y exhaustiva para explorar tanto las partes como la totalidad de la Consciencia, así como las interrelaciones jerárquicas y funcionales que configuran su complejidad intrínseca.

Holón (N): Supra holón (N+1) e Infra holón (N-1, Primera Rama)

En el marco de todo holón (n), su comprensión se amplía al situarlo dentro de una estructura jerárquica donde existe un supra holón (n+1), del cual este holón es una parte funcional, y una primera rama inferior (n-1), que lo considera como una totalidad en sí misma. De esta totalidad surgen cuatro nodos (o sub-holones), organizados bajo las modalidades: atributiva, distributiva, configuracional o conjetural. Aplicado al concepto de Consciencia, esto implica que la Consciencia (N=0) opera como un sistema integrado que forma parte de un supra holón superior, como la cognición global del organismo (n+1) e incluso el aparato mental (n+2). Simultáneamente, la Consciencia se descompone en niveles más específicos (n-1), desde los cuales emergen las ramas inferiores de cada nodo hasta alcanzar, conjeturalmente, niveles más básicos. Este enfoque reconoce que cada holón representa una jerarquía abierta, tanto hacia arriba como hacia abajo, permitiendo observar la Consciencia no solo como un fenómeno unitario, sino también en su relación funcional con sistemas superiores y en su análisis como una totalidad segmentada.

LA CONSCIENCIA COMO UN TODO ATRIBUTIVO⁶

La Consciencia, considerada como un todo atributivo, es un holón que se define por las propiedades esenciales, unificadoras y constitutivas que le otorgan unidad (cohesión), identidad y funcionalidad. En un todo atributivo, las partes no solo son componentes individuales, sino que adquieren significado en función de su integración y relación con el conjunto. Se caracteriza porque sus atributos emergen de la interacción y organización de sus partes, y no pueden reducirse a la simple suma de estas.

En términos bioholóticos, un todo atributivo es más que la mera suma de sus elementos; es una totalidad interconectada, capaz de generar propiedades emergentes (como la autoobservación o la intencionalidad, en el caso de la conciencia), las cuales no están presentes en las partes aisladas. Esta totalidad se organiza de manera holárquica, integrando múltiples niveles jerárquicos y relaciones funcionales, lo que permite una cohesión que dota al sistema de unidad operativa, diferenciación y capacidad adaptativa dentro de su entorno. En este sentido, su estructura está regida por los principios de lo utraquístico, anfimíctico y mutualista, asegurando una interdependencia recíproca entre sus componentes y una composición que se abre al desarrollo de una original Serie Complementaria, conformada por tres elementos constitutivos.⁷

Dentro de los elementos ‘constitutivos formales’ se encuentran tres componentes: la entidad aperceptual (¿quién conciencia?), el espacio virtual (¿dónde se conciencia?) y el sistema procesador de contenidos psíquicos y la Imago (¿qué es lo concienciado?). En cuanto a los elementos ‘constitutivos materiales’, y en términos neurofisiológicos, se destaca el sistema Consciente-Inconsciente (Sistema Cc-Ic), es decir, los componentes físicos y funcionales del sistema nervioso que permiten la percepción, integración y expresión de experiencias conscientes e inconscientes. Estos elementos operan en múltiples niveles jerárquicos, interactuando entre sí para generar las propiedades emergentes asociadas con la Consciencia: órganos receptores y vías sensoriales, áreas de proyección sensorial, redes de integración multimodal, corteza cerebral, sistema límbico y sistema órfico, redes neuronales de la Consciencia, mecanismos de sincronización y oscilaciones neuronales, además del soporte metabólico y estructural que conforman el ‘Cerebro TriUno’ (MacLean, P.). (MacLean, P. 1990).

El enfoque jerárquico indica que percibir y ser consciente “son procesos multinivelados, que implican constantes interacciones y retroalimentaciones entre los niveles superiores e inferiores del sistema nervioso (como los órganos receptores y efectores, las áreas de proyección en el cerebro, otras áreas que involucran la memoria y la asociación, etc.)” (Koestler, A., 1966):

1. La Entidad Aperceptual:

Constituye el núcleo organizador de la Consciencia, que evoluciona desde formas primarias de proto registros autosimbólicos y simbólicos. Entre los primeros se encuentran el contacto táctil⁸, el pulso y ritmo cardíaco, el ritmo respiratorio, los estados sensoriales primarios (como rabia, miedo y alegría), y el chupeteo. Entre los segundos, destacan las aferencias de la piel como primer límite del Yo, la succión, el “ojo de Dios”⁹, la voz de la madre¹⁰, entre otros. Ambos proto registros operan como autorreferencias iniciales que progresivamente dan lugar a estructuras más complejas de procesamiento, mediadas por los estados de funcionalidad somato sensorialidad, ya sea en virtud de su hipo tonicidad, funcionalidad o hipertonicidad y/o referido a los estados característicos de la actividad de órgano vinculado a su viabilidad en los registros de vida (placer), noxa (displacer), trabajo (fluir) y suspensión (ensoñar).

Estas experiencias van configurando los componentes proto-yoicos, que representan la forma más rudimentaria de organización psíquica. Este nivel inicial está encargado de registrar estímulos internos y externos, sin una diferenciación clara entre objeto y contorno, ni entre mundo interno y externo. Es el nivel básico de integración entre lo biológico y lo psíquico, que paulatinamente va conformando un “Yo” y, eventualmente, una función yoica. Esta función surge junto con la capacidad de integrar percepciones, cogniciones, emociones y memorias en patrones coherentes, consolidando un sentido de identidad y continuidad.

En este nivel se manifiestan procesos que van desde la producción de pensamientos, con mayor o menor ajuste a reglas fonológicas, semánticas y sintácticas, hasta los procesos de pensamiento secundario, como la lógica, la reflexión y la autorregulación. Este desarrollo culmina en la presencia de una estructura identificada como el “pensador”, es decir, la capacidad de pensar sobre el propio pensamiento. En esta etapa, la entidad aperceptual alcanza el nivel de la Meta-Consciencia, un estado superior de la función yoica, caracterizado por la capacidad de observar y evaluar la propia actividad psíquica. En este nivel es posible la autoobservación

Desde una perspectiva evolutiva, el espacio virtual puede entenderse como un ‘holón procesual’, un sistema ontogenético que recapitula el desarrollo psíquico a lo largo del tiempo. Este tránsito evolutivo abarca desde las primeras representaciones sensoriales masivas, simples, aisladas y desconectadas (como estímulos visuales bidimensionales, percepciones auditivas básicas, sensaciones de dolor y placer, y movimientos rudimentarios de expansión y retracción) hasta configuraciones tridimensionales complejas. Estas configuraciones avanzadas integran aspectos simbólicos, narrativos, autorreferenciales e incluso ‘transexperienciales’, que trascienden la experiencia individual inmediata para conectar con un marco mayor de significado.

Este proceso no solo explica el funcionamiento del psiquismo en contextos oníricos, donde la pantalla de sueño actúa como un escenario dinámico para la elaboración simbólica, sino que también arroja luz sobre los mecanismos de integración psíquica que subyacen a la creatividad, la autorreflexión y la construcción del sentido de identidad. En este sentido, la pantalla de sueño y sus imagos constituyen una base fundamental para entender cómo el psiquismo organiza, interpreta y transforma la experiencia interna.

2. Espacio Virtual

El espacio virtual, pantalla de sueño (W. Bion), teatro cartesiano (R. Descartes) o teatro de la mente (N. Salinas, D. Dennett), es un término utilizado para describir un espacio intrapsíquico donde se representan, proyectan y organizan determinados holones psíquicos: imágenes visuales, auditivas, sensoriales, verbales y pensamientos conscientes e inconscientes. Este espacio sostiene y escenifica las dinámicas internas del psiquismo, permitiendo que estas se estructuren en formas susceptibles de integración y transformación.

El espacio virtual funciona como un ‘continente’, una estructura que actúa como un campo integrador donde se representan los contenidos resultantes de las dinámicas internas que emergen dentro del propio sistema psíquico. En este espacio se representan percepciones, memorias, fantasías, pensamientos, qualias, así como los elementos alfa y beta descritos por Bion, que corresponden a las transformaciones (después de recibir, digerir, rechazar, procesar y metabolizar las experiencias psíquicas).

Desde una perspectiva evolutiva, el espacio virtual puede entenderse como un ‘holón procesual’, un sistema ontogenético que recapitula el desarrollo psíquico a lo largo del tiempo. Este tránsito evolutivo abarca desde las primeras representaciones sensoriales masivas, simples, aisladas y desconectadas (como estímulos visuales bidimensionales, percepciones auditivas básicas, sensaciones de dolor y placer, movimientos rudimentarios de expansión y retracción, y otros) hasta configuraciones tridimensionales complejas. Un ejemplo de esta evolución puede observarse en el desarrollo de “Los estadios de Realidad” (Ferenczi, S. 1913) donde su autor, describe el tránsito desde una realidad indiferenciada hasta una realidad diferenciada y compartida, vinculada al desarrollo de la simbolización y la relación entre el sujeto y su entorno; y/o en la forma en que en “Orígenes y Presente” (Gebser, J, 1953) describe las mutaciones de la Consciencia desde sus etapas iniciales fundadas en percepciones sensoriales inmediatas y respuestas instintivas —Consciencia arcaica, Consciencia mágica, Consciencia mítica— hasta nuevos niveles de desarrollo cognitivo y simbólico —Consciencia mental e Consciencia integral— y las transformaciones ocurridas durante este proceso. Otro ejemplo es el proceso de aprendizaje infantil, en donde el bebé comienza con impresiones sensoriales fragmentadas y, con el tiempo, construye una narrativa coherente de sí mismo y del mundo, análogamente a cómo el espacio virtual ha evolucionado desde interfaces primitivas hasta plataformas de metarrealidad con identidades digitales complejas. Estas configuraciones avanzadas integran aspectos simbólicos, narrativos, autorreferenciales e incluso ‘transexperienciales’, que trascienden la experiencia individual inmediata para conectar con un marco mayor de significado.

Este proceso no solo explica el funcionamiento del psiquismo en contextos oníricos, donde la pantalla de sueño actúa como un escenario dinámico para la elaboración simbólica, sino que también arroja luz sobre los mecanismos de integración psíquica que subyacen a la creatividad, la autorreflexión y la construcción del sentido de identidad. En este sentido, la pantalla de sueño y sus imagos constituyen una base fundamental para entender cómo el psiquismo organiza, interpreta y transforma la experiencia interna.

3. El Sistema Procesador de Contenidos Psíquicos y la Imago.

En tanto atributo, el concepto de imago se presenta como la unidad básica de representación psíquica, un holón constitutivo que articula elementos perceptivos (extero-interoceptivos), lingüísticos (semántico, sintáctico, prosódico), simbólicos (autosimbólicos, arquetípicos, culturales) y mnémicos dentro de la psique. Las imagos, en su nivel más inferior, constituyen unidades representacionales sintéticas que condensan aspectos mnémicos, perceptuales, sensoriales, emocionales y cognitivos de la experiencia.

En un nivel superior de la holarquía de este holón —atendiendo a la ‘profundidad y extensión’¹¹ del mismo—, se encuentran los ‘elementos beta’ y ‘elementos alfa’ que desempeñan un papel crucial como unidades básicas del procesamiento emocional y mental. Los ‘elementos beta’ son experiencias sensoriales o emocionales crudas que carecen de simbolización y representan un material bruto que necesita ser transformado, al ser “puras descargas” de estímulos sensoriales, afectos o emociones que el sujeto no puede pensar ni integrar; los elementos alfa son elementos beta transformados mediante la ‘función alfa’ en representaciones simbólicas que el sujeto puede pensar, soñar o procesar emocionalmente, en tanto que ‘la función alfa’, representa una capacidad psíquica que reconoce, metaboliza y transforma ‘elementos beta’ en elementos alfa, permitiendo que las experiencias en bruto sean digeridas mentalmente y se conviertan en contenidos simbólicos y significativos que pueden ser integrados en el pensamiento consciente o los sueños. En un nivel superior de este holón, se encuentran la ‘fantasía’ y la ‘creatividad’, que operan como configuraciones dinámicas de la mente. La fantasía emerge cuando los elementos alfa son reorganizados en formas imaginativas, exploratorias y a menudo libres de las restricciones de la lógica, mientras que la creatividad supone la capacidad de integrar estas fantasías en producciones novedosas que resuelven problemas o expresan significado.

Además, en otro nivel interno ‘extensivo’ de la holarquía se encuentran diferentes categorías de pensamiento que reflejan un desarrollo jerárquico: el ‘pensamiento concreto’ enfocado en representaciones tangibles y directas del mundo real, el ‘pensamiento operatorio’ orientado a la resolución de problemas prácticos y al manejo de tareas concretas y específicas, el ‘pensamiento abstracto’ que opera con símbolos

y conceptos desvinculados de la experiencia inmediata, permitiendo la generalización, la planificación y la reflexión filosófica o científica entre otros. Este rango jerárquico muestra cómo la mente humana transita desde formas más simples y reactivas, fundamentadas en imágenes o contenidos psíquicos básicos, luego elementos beta y procesos concretos, hacia niveles más integradores y creativos, sustentados en la simbolización de los elementos alfa y la capacidad de construir universos conceptuales complejos.

4.- Unidad, Identidad y Finalidad

UNIDAD: La Consciencia como Sistema Integrado.

La Consciencia puede comprenderse como una totalidad anatómica¹², fundamentada en la integración de sus partes constitutivas: la entidad aperceptual (Yo), el espacio virtual (PS) y el sistema procesador de contenidos (Imago). Estas *sympleke* permite no solo la organización de la experiencia subjetiva, sino también la funcionalidad necesaria para que el organismo interactúe de manera eficiente tanto con su entorno como consigo mismo. Más que una suma de componentes individuales, la Consciencia es un sistema dinámico cuyas propiedades emergentes –como la autoobservación, la representación simbólica, la intención y la regulación biopsíquica– surgen de interacciones organizadas jerárquicamente. Esta estructura holárquica integra elementos biológicos (como procesos somáticos y neuronales), psico-emocionales (emociones y sensaciones) y psico-cognitivos (memoria, percepción y funciones simbólicas, voluntad), asegurando la cohesión de las experiencias subjetivas y su coordinación con el entorno

Tres procesos principales fortalecen esta integración: a) los ‘Introyectos Extero-Interoceptivos’ que aportan el material a procesar o metabolizar y permiten la diferenciación inicial entre lo real lo simbólico y lo imaginario, y entre lo propio (Yo) y lo ajeno (no-Yo); b) las ‘Proyecciones Intrapsíquicas.’ que facilitan la representación y organización mediante las Imagos en la pantalla de Sueños, la Serie complementaria Principio de Placer-Principio de Realidad, y la metabolización de los elementos beta a elementos alfas por medio de la organización de representaciones simbólicas, emocionales y cognitivas para anticipar y recordar; y, finalmente, c) las ‘Reintroyecciones de las Proyecciones’ que es el proceso por el cual se resignifican, validan o modifican las proyecciones intrapsíquicas ya como objetos extrapsíquicos (propios del mundo externo) como intrapsíquicos (imaginario, simbólicos), mediante el elemento alfa de la reversibilidad de la perspectiva, asegurando un marco distintivo de percepción, memoria, fantasía y pensamiento.

Como unidad anatómica, la Consciencia es un sistema autoorganizado que integra dinámicamente elementos biopsíquicos (neuronales, emocionales, cognitivos y somáticos) sin depender de una construcción deliberada. Su organización no es el resultado de la simple suma de sus componentes, sino de la emergencia de propiedades funcionales, como la autoobservación, la capacidad de representación simbólica y la regulación de la interacción con el entorno. Esta estructura holárquica permite que la consciencia se mantenga cohesionada y operativa sin requerir un diseño intencional, reflejando su carácter natural, relacional y evolutivo. La anatómica de la consciencia radica en su capacidad para autorregularse y transformarse, modulando sus estados sin perder la continuidad de su organización psíquica.

IDENTIDAD: Rasgos Distintivos y Naturaleza Relacional.

La ‘identidad de la Consciencia’ emerge de los rasgos distintivos de sus componentes, que adquieren significado a través de su relación con el todo. Esta identidad no es un atributo estático, sino un constructo dinámico y multinivel que articula dimensiones biopsíquicas (somáticas, perceptuales, emocionales y cognitivas). Lo distintivo de la Consciencia reside en su capacidad de ‘autoobservación’, ‘intencionalidad’ y ‘organización de la propia Subjetividad: lo Subjetivo y lo Objetivo’, permitiéndole operar simultáneamente como un integrador funcional y un marco para dichas experiencias.

La identidad se define como una ‘entidad singular y relacional’ dentro de un sistema más amplio. Si bien se distingue de otros sistemas psíquicos y biológicos, está interconectada con ellos, reflejando su carácter holístico y jerárquico. Esta relación con el sistema más amplio dota a la Consciencia de una identidad única que trasciende sus componentes individuales, presentándola como un todo coherente y funcional.

La relación entre unidad e identidad es ‘mutuamente constitutiva’. Mientras la unidad asegura la cohesión estructural, la identidad proporciona singularidad funcional. Este vínculo dialéctico refuerza tanto la integración de las partes como su capacidad para articularse en un sistema que las trasciende.

FINALIDAD: Orientación Anantrópica de la Consciencia.

La ‘Finalidad de la Consciencia’ en tanto una unidad ‘anantrópica orgánica’ refiere a algo que se predice en tanto su utilidad o funcionalidad, y en ese sentido representa un sistema orientador, motivado, propositivo e intencionado que responde a la necesidad de regular las interacciones biopsíquicas del organismo, facilitando su adaptación dinámica a demandas internas y externas. La Consciencia, actúa como un ‘sistema regulador’, sintetizando ‘*inputs*’ provenientes de niveles inferiores para crear una experiencia unificada y coherente, en una jerarquía abierta e interactiva. Este marco relacional y funcional permite que la Consciencia opere como un sistema dinámico, jerárquico y holístico.

La finalidad de la Consciencia puede analizarse desde dos perspectivas complementarias: configuracional y procesual. En su dimensión configuracional, la Consciencia actúa como un sistema que organiza e integra percepciones, emociones y cogniciones en una experiencia subjetiva unificada y coherente, permitiendo la regulación dinámica de las interacciones biopsíquicas con el entorno. Desde su dimensión procesual, la finalidad de la Consciencia se manifiesta en su orientación hacia la adaptación y evolución, respondiendo a las demandas internas y externas mediante la generación continua de nuevas configuraciones psíquicas. En este sentido, la Consciencia no solo mantiene la cohesión funcional, sino que también facilita el desarrollo y la transformación, expresando su naturaleza dinámica y evolutiva como un sistema abierto.

Este carácter procesual y evolutivo se manifiesta en tres subprocesos fundamentales. Los procesos ‘constitutivos’ que garantizan la integración de las percepciones, emociones y cogniciones; los procesos ‘conservativos’ que mantienen la cohesión psíquica frente a contextos cambiantes; y, finalmente, los procesos ‘conjuntivos’ que permiten la adaptación dinámica y la generación de respuestas innovadora

La Consciencia como un holón atributivo, sintetiza y materializa estas dinámicas en componentes plásticos y funcionales, denominados Imagos, que operan como representaciones distintivas de su naturaleza dinámica, jerárquica y relacional. Este enfoque permite comprender la Consciencia no solo como un sistema regulador, sino también como un fenómeno intencionado y propositivo, esencial para la experiencia humana y su interacción en el mundo.

LA CONSCIENCIA COMO UN TODO DISTRIBUTIVO¹³.

En este análisis, la Consciencia se entiende como una totalidad formada por un conjunto integrado por estados y manifestaciones temporales, organizados jerárquicamente y vinculados por relaciones funcionales. Estos estados, aunque diferenciables, mantienen una unidad dinámica que articula algún tipo de relación entre el Yo, la pantalla de sueño, las imagos y la experiencia psíquica subjetiva (de autopercepción y/o de intelección).

Este holón distributivo de la Conciencia plantea interrogantes sobre su identidad, basada en elementos comunes presentes en todos sus estados, ya sea: a) el tipo de participación del Yo, b) una instancia que organiza y estructura las experiencias, configurando un “Yo” operativo que puede variar en intensidad o definición; c) la Autopercepción, que implica algún grado de reconocimiento del sí mismo —ya sea como sujeto reflexivo o como unidad operativa que percibe, actúa o siente—; d) los tipos y qualia de las Imagos o representaciones en tanto unidad básica que integra diversos inputs sensoriales, emocionales y cognitivos en una totalidad funcional, proyectada en la pantalla de sueño, permitiendo al organismo noticiarse de lo que ocurre en su interioridad y entorno, y e) diferentes tipos de experiencias psíquicas, tales como la Autopercepción: lúcida, mimetizada, crepuscular, ‘como si’, psicótica, etc...; o de intelección: entendimiento, insights, epifanía u otras.

Los estados de conciencia no son autónomos, sino que mantienen relaciones funcionales, interactuando dinámicamente según una jerarquía adaptativa regulada por las demandas contextuales, distinguibles en diferentes taxonomías, en su nivel inferior (n-1) que llamamos: Taxonomía de los Estados de Conciencia.

Según el Nivel de Alerta (Biomédico)

Los estados de Conciencia se organizan en una jerarquía adaptativa que refleja la capacidad del organismo para responder a estímulos internos y externos, desde la vigilia lúcida, donde predomina la claridad mental, atención, concentración y juicio hasta el coma, en el que se pierde completamente la interacción consciente. Esta jerarquía permite comprender la ‘diseccionalidad’¹⁴ de cada nivel en términos de:

Vigilia lúcida: Estado de máxima alerta, con percepción clara del entorno y capacidad reflexiva.

Sopor: Reducción parcial de la capacidad de atención, con dificultad para responder a estímulos.

Somnolencia: Estado de transición hacia el sueño, con disminución significativa de la atención y la interacción.

Obnubilación: Alteración de la claridad mental, con desorientación parcial y respuestas ralentizadas.

Estupor: Respuesta mínima a estímulos externos, con conservación limitada de funciones básicas.

Confusión: Mezcla de estímulos internos y externos mal integrados, con desorientación severa.

Coma: Ausencia total de respuesta consciente y pérdida de la capacidad de interacción.

Según los Contenidos Predominantes (Psicomédica)

En función de los contenidos predominantes de la conciencia, se establece una clasificación que organiza las experiencias conscientes según el tipo de actividad mental que predomina en cada estado. Esta taxonomía va más allá de los niveles de alerta tradicionales, enfocándose en las características internas de la experiencia. Permite analizar cómo la conciencia interactúa con los productos psíquicos (percepciones, memorias, fantasías y pensamientos), que son procesados, interpretados y proyectados en lo que se denomina la pantalla de sueño, el espacio subjetivo donde se representan las experiencias conscientes.

Cada categoría refleja un perfil distintivo de funcionamiento psíquico y cognitivo, lo que la hace particularmente relevante tanto para la psicología clínica como para la neurociencia. Esto facilita la identificación de los patrones mentales predominantes en diversos estados conscientes, proporcionando un marco teórico útil para su estudio y aplicación clínica.

A continuación, se presentan los principales estados clasificados según sus contenidos predominantes, junto con una breve descripción:

Reflexiva: Predomina la autorreflexión y el pensamiento lógico, orientados al análisis y comprensión de la propia experiencia. Ejemplo: una persona reflexionando sobre sus decisiones pasadas y sus implicaciones futuras.

Lúcida: Conexión clara y coherente con el entorno interno y externo, caracterizada por una percepción precisa y organizada. Ejemplo: un médico en una cirugía, completamente enfocado en el procedimiento y en su entorno.

Onírica: Marcada por narrativas fragmentadas o simbólicas, propias de los sueños, donde la lógica ordinaria se suspende. Ejemplo: soñar con escenarios fantásticos y poco realistas que combinan recuerdos y emociones.

Hipnoide: Estado de conciencia parcial, típico de experiencias hipnóticas o disociativas, con una desconexión parcial de la realidad inmediata. Ejemplo: una persona bajo hipnosis que sigue instrucciones sin plena Conciencia del entorno.

Alucinada: Dominada por percepciones sin correlato externo, como ocurre en estados psicóticos o bajo el efecto de sustancias alucinógenas. Ejemplo: alguien viendo o escuchando voces que no existen en el entorno físico.

Según los Estados de Funcionalidad Somatosensorial (Bioanalítica)

A partir de los Estados de Funcionalidad Somatosensorial, definidos en términos de hipo tonicidad, funcionalidad e hipertonicidad, se identifican cuatro registros fundamentales en el plano de M2: vida (placer), noxa (displacer), trabajo (fluir) y suspensión (ensoñar). Estos registros constituyen el núcleo del holón bioanalítico “Sensorialidad”, donde la actividad sensorial opera como principio regulador, conceptualizado desde las dimensiones de Zoe (placer y vida), Thanatos (displacer y daño), Ergón (fluir y trabajo) y Ataraxia (ensoñar y suspensión).

El estado de ‘placer’ implica sensaciones de satisfacción, alegría y bienestar, mientras que el de ‘sufrir’ abarca el dolor, el malestar y la angustia, reflejando respuestas a condiciones adversas. Por su parte, ‘fluir’¹⁵ se relaciona con experiencias de concentración, control y equilibrio, indicativas de una integración funcional elevada, y ensoñar comprende la creatividad, la inmersión y la levedad, marcadas por una cualidad introspectiva y atemporal.

Estas dimensiones no solo se reflejan en los principios clásicos de placer y evitación del displacer, sino también en el principio de flujo y el principio de ensoñación, que estructuran las sensorialidades durante el tránsito del pensamiento primario al secundario. Además, cada estado puede adoptar funciones rectas (adaptativas) u oblicuas (desadaptativas): el placer oscila entre el goce creativo y el adictivo; el sufrir, entre dolor legítimo y masoquismo; el fluir, entre operatoriedad equilibrada y trabajolismo; y el ensueño, entre creatividad productiva y fuga mental.

Estos registros actúan como aglutinantes que integran la materia corpórea (M1), representacional (M2) y relacional (M3), influyendo en la formación y mediación de estructuras psíquicas a lo largo de los niveles primarios (existenciaros básicos, identidad y realidad), secundarios (esquemas cognitivos, volitivos y corporales), terciarios (carácter) y cuaternarios (personalidad y rol). De este modo, la sensorialidad bioanalítica se erige como un eje central en la dinámica de las experiencias humanas. (Gallardo, J.V., 2024)

Según determinados Estados Excepcionales (Transpersonales)

Existen otras taxonomías de la conciencia desde un enfoque holístico y transpersonal que permiten apreciar tanto su naturaleza estática como dinámica. Estas taxonomías no solo reflejan diferentes grados de conciencia y estados de la mente, sino también las formas como distintas tradiciones entienden la relación entre el individuo, su Consciencia y el cosmos. La multiplicidad de palabras y categorías para describir estados similares es un testimonio de la riqueza y la profundidad de estas tradiciones, y nos invita a adoptar una perspectiva integradora que combine lo configuracional y lo procesual en un marco más amplio y holístico.

Budista	Taoísta	Hinduista	Zen (Budismo)	Confucionismo
- Estado ordinario	- Estado ordinario	- Estado ordinario	- Estado ordinario	- Estado ordinario
- Shamatha (calma mental)	- Wu Wei (acción sin esfuerzo)	- Dharana (concentración)	- Mushin (mente sin pensamiento)	- Xin (corazón/mente)
- Vipassana (visión clara)	- Jing (energía esencial)	- Dhyana (meditación profunda)	- Satori (iluminación momentánea)	- Ren (benevolencia)
- Samadhi (absorción meditativa)	- Shen (conciencia superior)	- Samadhi (unión con lo absoluto)	- Kensho (insight profundo)	- Li (armonía ritual)
- Nirvana	- Tao	- Moksha (liberación)	- Nirvana (iluminación completa)	- Tian (unidad con el cielo)

Como todo distributivo, la conciencia configura un sistema jerárquico donde los estados no son homogéneos ni equivalentes, pero sí complementarios. Los niveles superiores (e.g., vigilia lúcida) integran y coordinan la actividad de los inferiores (e.g., somnolencia), asegurando una continuidad funcional en la experiencia subjetiva. La transición entre estos estados es dinámica y no rígida permitiendo distintos registros sensoriales

ante determinados cambios internos y externos ofreciendo nuevas respuestas de adaptación y enfrenamiento del organismo frente a determinadas circunstancias. La conciencia, entendida como un holón distributivo, integra una diversidad de estados jerárquicos y funcionales que contribuyen a su naturaleza adaptativa y operativa. Esta perspectiva permite comprender su complejidad y su papel esencial en la experiencia humana, al tiempo que subraya su capacidad de integración y dinamismo frente a contextos variables.

La Consciencia como un todo CONFIGURACIONAL¹⁶

Como un todo configuracional, la Consciencia es una totalidad constituida por la interacción y organización de múltiples componentes estructurales y funcionales, que se integran en un sistema interconectado. Estos componentes, aunque diferenciados, interactúan de manera interdependiente para formar una unidad que permite tanto la experiencia individual tanto de lo ‘subjetivo’ como de lo ‘objetivo’, de la Auto percepción, de la representación de objetos, imagos y constructos, de la Reversibilidad de la Perspectiva y de la distinción entre elementos betas y alfas; a la vez que poder identificar los mecanismos autorregulatorios de sus propias operaciones y el entramado rizomático y estrómico de dichas interacciones. En este contexto, la Consciencia no es solo una suma de partes, sino una estructura configurada espacialmente, en la cual la posición y la relación de cada elemento determinan su funcionamiento global. En tanto un todo anatómico, este enfoque nos lleva a preguntarnos por su finalidad, es decir, el propósito integrador que da sentido a la articulación de estos elementos hacia la adaptación, la supervivencia y la reflexión.

Dentro de las propiedades de la Consciencia como un todo configuracional (además de aquellas propias de todo holón¹⁷), se destacan varias características esenciales que definen su organización espacial. En primer lugar, la ‘interdependencia’ asegura que las partes no funcionen de manera aislada, ya que su interacción es fundamental para mantener la coherencia y la unidad del sistema. Por otro lado, la ‘emergencia’ señala que la conciencia trasciende la suma de sus partes, manifestando propiedades globales únicas que surgen de la interacción y disposición de sus componentes. La ‘sistematización’ pone de relieve su configuración como un sistema espacialmente organizado, donde cada elemento ocupa una posición y cumple un rol específico en la totalidad. Además, la ‘jerarquización’ estructura estos componentes en niveles que van desde lo más básico, como los reflejos, hasta lo más complejo, como la representación simbólica y la autorreflexión, formando un esquema jerárquico integral. Finalmente, la ‘unificación espacial’ garantiza que los diversos procesos conscientes se integren en una experiencia subjetiva coherente y continua, consolidando la singularidad de la conciencia como un todo interconectado.

La Consciencia como un todo PROCESUAL¹⁸

Como un todo procesual, la Consciencia se entiende como un fenómeno dinámico que se despliega a lo largo del tiempo, integrando múltiples niveles de organización y funcionamiento dentro de una estructura temporal. Este enfoque enfatiza los procesos continuos y transformativos que configuran su esencia desde perspectivas filogenéticas, ontogenéticas, idiosincráticas e idiopáticas. Además, resalta su capacidad para articular eventos y experiencias a lo largo de líneas temporales (pasado, presente y futuro), asegurando una continuidad adaptativa y funcional.

Como se ha dicho anteriormente en su rama inmediatamente inferior, este holón procesual (‘n’) da forma a cuatro categorías (n-1), que se clasifican como holones procesuales filogenético, ontogenético, idiosincrático e idiopático.

En tanto ‘**holón procesual filogenético**’ la Consciencia se comprende como un fenómeno emergente que ha evolucionado gradualmente a lo largo del desarrollo biológico de las especies. Este proceso supone una progresiva complejización, que parte de mecanismos básicos de reactividad en organismos unicelulares vinculados con las primeras formas de sensibilidad al entorno (proto-Consciencia) y culmina en los sistemas de autorreflexión, abstracción y representación simbólica observados en los seres humanos (Consciencia propiamente tal). Dentro de este marco, la Consciencia emerge como una función relevante en los niveles más avanzados de integración y adaptación.

En sus formas más primitivas, es posible hablar de una proto Consciencia que se manifiesta en organismos unicelulares, donde los mecanismos de percepción y respuesta se limitan a estímulos básicos, como la detección de luz o de sustancias químicas. Estos mecanismos rudimentarios, aunque carecen de representación simbólica o autorreflexiva, constituyen las bases iniciales de un sistema adaptativo que asegura la supervivencia en entornos hostiles mediante respuestas reflejas, instintivas o neurovegetativas. Con la aparición de organismos multicelulares, estos mecanismos rudimentarios evolucionaron hacia sistemas nerviosos más complejos, como los observados en invertebrados, que permitieron respuestas coordinadas y diferenciadas. Este avance marcó un salto cualitativo en la integración de estímulos, ya que permitió la formación de patrones de acción más organizados y adaptativos, el surgimiento de ‘filtros’ que regulan el destino de los estímulos, la formación de patrones de funcionamiento, reglas y leyes, tanto como de estrategias flexibles y mecanismos desencadenantes.

El desarrollo de sistemas nerviosos centralizados en los vertebrados representa un punto de inflexión en la evolución filogenética de la Consciencia. En esta etapa, los mecanismos de percepción se expandieron para incluir sistemas visuales, auditivos y táctiles más avanzados. Estos sistemas no solo detectaban estímulos, sino que también comenzaban a integrarlos en patrones más complejos de experiencia. Por ejemplo, los peces y anfibios muestran comportamientos adaptativos que reflejan una forma rudimentaria de Consciencia del entorno, basada en el aprendizaje de estímulos repetitivos y en la memoria asociativa básica. No obstante, es con la llegada de los mamíferos, que la filogenia de la Consciencia experimentó un enriquecimiento significativo gracias al desarrollo del sistema límbico, que vino a sumarse al del sistema reptilíneo, base del Cerebro TriUno (MacLean, Paul, 1990).

En los primates, la evolución del neocórtex añadió un nivel superior de integración, permitiendo capacidades como la planificación, la resolución de problemas y el aprendizaje social avanzado. Este nivel marca el inicio de la transición hacia una Consciencia autorreflexiva, en la que el sujeto no solo percibe el entorno, sino que también comienza a representarse a sí mismo en relación con el entorno. El Homo sapiens representa el nivel más avanzado de este holón filogenético. La aparición del pensamiento simbólico, el lenguaje y la capacidad de abstracción permitió una Consciencia que trasciende la realidad inmediata, abarcando conceptos como el tiempo, la identidad y el propósito. Estas capacidades no solo integraron experiencias pasadas con proyecciones futuras, sino que también transformaron las interacciones sociales y culturales a través de la creatividad, la colaboración y la construcción de significados compartidos.

En tanto **‘holón procesual ontogenético’**, la Consciencia se despliega a través de etapas secuenciales que reflejan tanto la maduración del sistema nervioso como las interacciones con el entorno. Este desarrollo comienza con una Consciencia rudimentaria en el período gestacional y en el neonato, basada en estímulos sensoriales inmediatos, y culmina en una Consciencia reflexiva y autorreferencial en la adultez. A lo largo de este recorrido, se atraviesan fases cruciales como la exploración sensomotora en la infancia (Piaget, J., 1954), los estadios de realidad (Ferenczi, S., 1913), el desarrollo psicosexual (Freud, S., 1905), la consolidación de la identidad en la adolescencia (Erikson, E., 1950) y el desarrollo de una capacidad crítica y autorreflexiva en la adultez (Mezirow, J., 1991).

En este marco, las imagos desempeñan un papel fundamental como representaciones primarias que evolucionan junto con la Consciencia en su dimensión ontogenética. Inicialmente, las imagos son configuraciones fragmentadas que capturan aspectos sensoriales y emocionales básicos de la experiencia. En esta etapa elemental, las imagos son estáticas y bidimensionales, reflejando estímulos aislados que aún no se han integrado en un sistema coherente. Por ejemplo, una sensación táctil o un color singular puede formar una imago primitiva que actúa como un autorreferente inicial, sirviendo como el primer ladrillo en la construcción de la pantalla de sueño.

A medida que el desarrollo progresa, estas imagos evolucionan desde elementos aislados hacia configuraciones más complejas y relacionadas. Este proceso implica la integración de las imagos en patrones bidimensionales más elaborados, en los que las asociaciones significativas comienzan a establecerse. Así, lo que inicialmente eran estímulos fragmentados se transforma en imágenes más cohesionadas, como

el contorno de un rostro o una escena básica, que ofrecen una narrativa rudimentaria aunque todavía permanecen en un plano bidimensional.

El siguiente paso en este desarrollo es la transición hacia la tridimensionalidad. En esta etapa, la pantalla de sueño incorpora la percepción de profundidad, movimiento y continuidad temporal, transformando las imagos en representaciones dinámicas y tridimensionales. Este cambio no solo añade una dimensión espacial, sino que también permite dinamizar las escenas internas, otorgando al sujeto la capacidad de experimentar un entorno interno que simula la realidad externa. Por ejemplo, un rostro tridimensional que se mueve o un paisaje en el que el sujeto se desplaza son representaciones características de esta fase avanzada del desarrollo de las imagos.

Conforme las representaciones se vuelven más complejas, los contenidos de las imagos también evolucionan. Aparecen las imagos simbólicas, que codifican significados abstractos y complejos; las imagos relacionales, que establecen vínculos entre diferentes elementos y permiten la creación de narrativas internas; y las imagos autorreferenciales, en las que el sujeto se incluye a sí mismo como parte de la escena, consolidando un sentido de identidad y agencia dentro del espacio interno. Este proceso culmina en un sistema psíquico altamente integrado, donde la pantalla de sueño actúa como un espacio dinámico que organiza, transforma y proyecta las experiencias internas en estructuras simbólicas, facilitando la introspección, la adaptación y el desarrollo continuo. La Consciencia se presenta así como una estructura que integra al Yo con los contenidos (imagos) representados y los distintos niveles de su organización, armonizando las dimensiones subjetivas y simbólicas en un proceso unificado.

En tanto “**holón procesual idiosincrático**”, la consciencia se desarrolla y experimenta de manera única en cada individuo, modulada por factores genéticos, maduracionales, experienciales y sociales. Aunque su estructura básica es común a la especie, las experiencias particulares configuran un mecanismo consciente individualizado, diferenciando la manera en que cada sujeto organiza y percibe su realidad. Por ejemplo, los diferentes grados de cómo una persona interpreta y reacciona ante un evento traumático dependen en gran medida de su historia personal y su contexto cultural. Dentro de lo primero, la conjunción temperamento, carácter, personalidad incide significativamente en la naturaleza Yoica, cualidad de la pantalla de sueño y propiedades y contenidos de las magos.

El temperamento, entendido como la base biológica que determina los tiempos de reacción y propiedades somato-psíquicas de las personas, establece un marco inicial de rango y umbrales de Consciencia sobre el cual la pantalla de sueño operara como ‘continente’, en tanto que el desarrollo psicosexual comienza a dar forma a las primeras interacciones somato-psíquicas, que a lo largo de las etapas del desarrollo psicosexual —que abarcan desde la etapa ósea hasta la genital— determinaran las funciones de órganos, las conductas adaptativas primarias y las representaciones simbólicas y autosimbólicas que constituirán la naturaleza tanto de los contenidos, sus significaciones y sus qualias. A la vez que el desarrollo de la personalidad, como el holón más cultural y socialmente determinado del desarrollo ofrece la posibilidad de que la Consciencia se expanda (experiencias vitales virtuosas, entrenamiento, socialización) o se contraiga (experiencias traumáticas, malestar cultural, contexto histórico crítico) facilitando el desarrollo de una Consciencia recta o una Consciencia oblicua, caracterizada por distorsiones o enajenación.

Este enfoque holótico resalta que como el desarrollo de la Consciencia no es una entidad fija, sino un proceso dinámico y estratificado que conjuga dimensiones biológicas, psicológicas y culturales. Su desarrollo idiosincrático implica tanto una maduración lineal continua como la posibilidad de transformaciones profundas, configurando un sistema único que opera en interacción continua con su entorno. En este sentido, el análisis de la Consciencia como un holón procesual idiosincrático permite comprender cómo las experiencias particulares, en conjunción con predisposiciones biológicas y estructuras psico-culturales forman un mapa único que define la experiencia subjetiva y sus posibilidades de evolución.

En tanto ‘**holón procesual idiopático**’, la Consciencia, como fenómeno procesual, puede entenderse en términos de su función ‘recta’ u ‘oblicua’, donde lo ‘oblicuo’ refiere a las disfunciones, anomalías y trastornos que afectan los procesos estructurales, funcionales y dinámicos que constituyen la Consciencia. Se

presta especial atención a aquellos componentes alterados y a sus causas, que comprometen la continuidad temporal, plasticidad, emergencia, temporalidad multiescalar o contextualidad adaptativa. En este marco, lo idiopático refleja la naturaleza emergente y multifactorial de los trastornos de la Consciencia, en los cuales las alteraciones surgen de disfunciones complejas en las propiedades procesuales, afectando al Yo, a la pantalla de sueño y a las ‘imagos’ (percepción, memoria, fantasía, pensamientos).

La fragmentación del Yo es una de las expresiones más notables de estas patologías: estados disociativos, despersonalización, desrealización y escisiones, en general, corresponden a estados donde la Consciencia opera de manera inusual, inconexa, con un sensorio de extrañeza, disolución o locura, y con distorsiones identitarias que dificultan la integración de nuevas experiencias. Este tipo de alteraciones impacta no solo la autopercepción, sino también la capacidad para responder de manera adaptativa a los cambios contextuales.

Otro elemento comprometido es la ‘pantalla de sueño’ —ese espacio interno donde se proyectan las representaciones haciéndose conscientes. Esta puede presentar disfunciones en aspectos como la velocidad (bradipsiquismo, taquipsiquismo), tiempo ‘cero’, déjà vu, jamais vu, producción de pensamientos, parálisis de la mente, y otros, afectando tanto los componentes configurativos espaciales y temporales como la adecuada symploké de dichos aspectos. Estas disfunciones pueden provocar una superposición caótica de contenidos incongruentes, dificultando la construcción de una percepción coherente de la realidad.

Finalmente, en relación con las imagos, que estructuran la percepción, la memoria, la fantasía y el pensamiento, estas también son susceptibles a alteraciones: representaciones fragmentadas o disfuncionales perpetúan narrativas traumáticas (vía identificación proyectiva, identificación mimética, escisión ideofectiva), mientras que las imagos simbólicas distorsionadas generan significados irreales que influyen negativamente en el juicio y la acción.

Lo ‘oblicuo’ se manifiesta clínicamente en una variedad de condiciones donde la Consciencia se ve afectada de diversas formas: los trastornos disociativos, por ejemplo, reflejan fragmentación de la experiencia y desconexión entre distintos aspectos del Yo; las psicosis presentan alteraciones severas en las representaciones conscientes, con predominio de alucinaciones y delirios que reorganizan de manera caótica la percepción de la realidad. En los estados depresivos graves, la deficiencia representacional y la pérdida de contextualidad adaptativa generan una visión estática y pesimista tanto del entorno como de sí mismo. Por otro lado, los cuadros maniaco-depresivos alternan estados de Consciencia saturados de un sensorio afectivo extremo con representaciones grandiosas idealizadas y sádicas auto devaluatorias. Además, una deficiencia representacional puede limitar la capacidad de generar ‘narrativas’ internas funcionales, mientras que una sobrecarga imaginativa, como la invasión de fantasías intrusivas o alucinaciones, distorsiona tanto la percepción como las respuestas al entorno.

Finalmente, se debe considerar que las propiedades de la Consciencia como un todo procesual incluyen varias características que destacan su naturaleza dinámica y temporal. La ‘continuidad temporal’ se manifiesta en la capacidad de la Consciencia para conectar y organizar eventos pasados, presentes y futuros, integrando aprendizajes previos mientras proyecta escenarios hacia el futuro. La ‘plasticidad dinámica’ refleja su habilidad para reorganizarse y transformarse en respuesta a cambios internos (como el desarrollo biológico) y externos (como experiencias y aprendizajes). La ‘emergencia transformativa’ describe cómo las propiedades de la Consciencia evolucionan y se enriquecen conforme avanzan las dimensiones filogenética, ontogenética e idiosincrática. La ‘temporalidad multiescalar’ destaca la capacidad de la Consciencia para operar en diferentes escalas de tiempo: evolutiva (filogenética), vital (ontogenética) y experiencial (idiosincrática), y finalmente, la ‘contextualidad adaptativa’ señala cómo la Consciencia procesa la información según su relevancia temporal y contextual, ajustándose a las demandas inmediatas del entorno mientras proyecta metas futuras. Estas propiedades, en conjunto, subrayan la flexibilidad y profundidad temporal de la Consciencia como un fenómeno procesual.

CONCLUSIONES.

La concepción de la Consciencia como un holón representacional ofrece un marco rico y multidimensional para explorar la experiencia humana. Este enfoque integrador permite comprender la Consciencia como una estructura compleja que integra múltiples dimensiones y niveles de experiencia. Esta perspectiva no solo enfatiza su carácter multifacético, sino que también propone un enfoque sistemático para abordar sus propiedades estructurales, funcionales y fenomenológicas. Al concebir la Consciencia como un sistema abierto en cuya primera rama encontramos cuatro holones, a saber, atributivo, distributivo, configuracional y procesual es posible diferenciar en los niveles inferiores los filtros, cánones de reglas, estrategias flexibles y los desencadenadores propios de su holarquía, tanto como determinar la constante interacción entre sus dintornos, contornos y entornos, destacando su capacidad de autoorganización, adaptabilidad y emergencia de nuevas funciones que permiten al individuo interactuar con su realidad y reflexionar sobre ella.

El análisis presentado en este trabajo contribuye a establecer un marco desde el cual abordar las relaciones intrínsecas entre los elementos que configuran la experiencia consciente, donde la función del Yo perceptor, las cualidades de la Pantalla de Sueño y la naturaleza de las imagos y sus qualia hasta las catexias y contracatexias que forman parte de las dinámicas y funciones reguladoras dentro del aparato psíquico. Este enfoque integrador no solo enriquece nuestra comprensión teórica, sino que también abre posibilidades prácticas para aplicaciones en ámbitos como la psicología clínica, la neurociencia y la educación.

En última instancia, considerar la Consciencia como un holón permite trascender las divisiones reduccionistas y construir un modelo que refleja su complejidad e interconexión inherente, sentando las bases para futuros desarrollos en el estudio de la experiencia humana y su integración en contextos interdisciplinarios.

Esta proposición derivada del modelo del Bioanálisis, propuesto por Sandor Ferenczi, y apoyada en las teorías del cerebro TriUno de Paul MacLean y la Escuela de Filosofía de Oviedo de Gustavo Bueno, encuentra en algunos conceptos elaborados por Arthur Koestler un sustrato conceptual para entender la Consciencia no solo como un fenómeno psicológico, sino también como un proceso integral que refleja la interconexión entre el ser humano y su entorno.

Juan V Gallardo C.
Puerto Varas. 2025

(*) Psicólogo clínico y académico chileno, especialista en psicoterapia, psicoanálisis y bioanálisis, con un enfoque particular en el pensamiento de Sandor Ferenczi y Georg Groddeck. Egresado de la Universidad de Chile en 1980, fue Director del Instituto de Desarrollo Psicológico INDEPSI por más de treinta años, miembro del directorio de la Sociedad Chilena de Psicología Clínica, Director de la Escuela de Psicología de la Universidad Bolivariana (Chile) y Presidente de la asociación Latinoamericana Sandor Ferenczi. ALSF-Chile. En el contexto de la Editorial Biopsique Ltda., ha traducido y editado junto al equipo del INDEPSI los textos de M. Stanton, A. Rachman e Izette de Forest, impartido la formación de postítulo en Psicoterapia Bioanalítica, formando a más de 100 psicoterapeutas y dedicando su carrera a la investigación y difusión del pensamiento de Sandor Ferenczi y la psicoterapia bioanalítica. En la actualidad, explora los alcances del Bioanálisis integrando principios del modelo TriUno de Paul MacLean y la Escuela de Filosofía de Oviedo de Gustavo Bueno. Su trabajo se centra en ampliar el marco epistemológico y teórico del Bioanálisis en el contexto de una epistemología constructivista monolética y los principios epistémicos desarrollados por Ferenczi y Groddeck. Entre sus escritos se encuentran “Normalidad y Anormalidad en Sexualidad”, “Biografía: Sandor Ferenczi”, “Sandor Ferenczi y el ‘conocimiento’ desde una perspectiva bioanalítica”, “¿Qué es el Bioanálisis?: Constructivismo monolético en Sandor Ferenczi”, “Dos mitos acerca del Edipo: horda ferencziana y horda freudiana”, “Modelo bioanalítico y Sexo: nociones de sexualidad órfica”, “Bioanálisis y Subjetividad” y “Una Aproximación al Lenguaje Ferenczi”, entre otros.

BIBLIOGRAFÍA:

- Alvargonzález, D. (2022). La estructura holótica de las ideas de unidad, identidad y finalidad. Fundación Gustavo Bueno. <https://www.fgbueno.es/efo/efo257.htm>
- Bion, W. R. (1991). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós.
- _____. (1992). *Transformaciones: Cambio del aprendizaje al crecimiento*. Promolibro.
- _____. R. (1994). *Cogitaciones*. Promolibro..
- Bueno, Gustavo (1972) *Ensayos materialistas*. Taurus (Ensayistas 86), Madrid 1972
- _____. (1999) *Diccionario Filosófico.. Cuestiones Preambulares: Pensamiento Alicia*. Entradas 712, 713, 714, 715. Pelayo García Siera. Edición digital. Pentalfa Ediciones, 1999, Segunda edición, versión 5. Julio de 2021 <https://www.filosofia.org/filomat/dfsfs.htm#s1>
- _____. (2006). *Zapatero y el pensamiento Alicia: Un presidente en el país de las maravillas*. Temas de Hoy, 2006.
- _____. o (2005). “Pensamiento Alicia” (sobre la “Alianza de las Civilizaciones”). *El Catoblepas*, número 45, página 2. <https://www.nodulo.org/ec/2005/n045p02.htm>
- Canestri, J., & Oliva, S. (2000). Sobre el origen intrapsíquico de la matemática. *Aperturas Psicoanalíticas*, (4). <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Articulos/Revisiones/Sobre-el-Origen-Intrapsiquico-de-la-Matematica.pdf>
- Chalmers, David J. (1996). *La mente consciente: En busca de una teoría fundamental*. Oxford University Press, España.
- Damasio, Antonio (2000). *Sentir lo que sucede. Cuerpo y emoción en la fábrica de la Consciencia*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile. Primera edición
- Ferenczi, S. (1899a). *Escritos de Budapest N° 1. El Espiritismo*. Asociación Latinoamericana Sandor Ferenczi. ALSF-Chile Recuperado de: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Selecciones-Ferenczianas/Selecciones-Ferenczianas-Escrito-1-El-Espiritismo.pdf>
- _____. (1900a). *Escritos de Budapest N° 7. Conciencia y Desarrollo*. Asociación Latinoamericana Sandor Ferenczi. ALSF-Chile. Recuperado de: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Selecciones-Ferenczianas/Selecciones-Ferenczianas-Escrito-7-Cc.-y-Desarrollo.pdf>
- _____. (1913). *El sentido de realidad y sus estadios*. En: *Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II*, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984.
- _____. (1926). *El problema de la afirmación del desgrado*. En: *Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III*, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984
- _____. *Matemática*. (1939). (Publicado póstumamente, escrito en 1920). En: *Obras Completas Psicoanálisis IV. Tomo IV*, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).
- Gallardo, C. J.V. (2024) *Recursos Terapéuticos N° 54. El Rol de la Verdad en la Psicoterapia*
- _____. (2021) *Ferenczi, Bioanálisis y Subjetividad: Sobre lo Subjetivo y lo Objetivo*. <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Bioanálisis/Ferenczi-bioanálisis-y-subjetividad-sobre-lo-subjetivo-y-lo-objetivo.pdf>
- _____. (2021) *Ferenczi, Bioanálisis y Subjetividad: Sobre lo Subjetivo y lo Objetivo*. <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Bioanálisis/Ferenczi-bioanálisis-y-subjetividad-sobre-lo-subjetivo-y-lo-objetivo.pdf>
- _____. (2022) *¿Que es el Bioanálisis?: Constructivismo Monolético en Sandor Ferenczi*. <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Bioanálisis/Que-es-el-Bioanálisis-Constructivismo-Monolético-en-Sandor-Ferenczi.pdf>
- _____. (2022) *Ferenczi y el “Conocimiento” desde una perspectiva Bioanalítica*. <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Bioanálisis/Ferenczi-y-el-conocimiento-desde-una-perspectiva-bioanalitica.pdf>
- _____. (2024) *Desarrollo Psicosexual y su rol en la formación del Carácter desde una perspectiva Bioanalítica*. <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Articulos/Bioanálisis/Desarrollo-Psicosexual-rol-formacion-caracter-perspectiva-bioanalitica.pdf>
- Gebser, Jean. (1953) *Origen y presente*. Traducción de José Rafael Hernández Arias. Vilaür: Ediciones Atalanta, 2011. Segunda impresión.
- Hartmann, Eduard von (1869). *Filosofía de lo inconsciente*. Traducido al español por Federico Climent Terrer (1946). Madrid: Ediciones Espasa-Calpe.
- Koestler, Arthur. (1959) *Los sonámbulos: Historia de las concepciones del universo*. Trad. de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya Bozal. Barcelona: Ediciones Destino, 1974.

- _____ (1964). The Act of Creation. Hutchinson, Reino Unido. [El Acto de la Creación, traducción personal al castellano, para uso interno.]
- _____ (1967). The Ghost in the Machine. New York: Macmillan. [El fantasma en la máquina, traducción personal al castellano, para uso interno.]
- MacLean, P. D. (1990). The Triune Brain in Evolution: Role in Paleo cerebral Functions. Plenum Press. [El Cerebro TriUno en la Evolución: su papel en las funciones paleocerebrales, traducción personal al castellano, para uso interno.]
- Salinas Vucina, N. (2011). Travesía a Vulcano: La peligrosa aventura del pensamiento. Editorial Catalonia. ISBN: 978-956-324-087-0s,
- Sokal, A., & Bricmont, J. (1998). Imposturas intelectuales. Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, España.
- Stark, James F. (2016) Anti-reductionism at the confluence of philosophy and science: Arthur Koestler and the biological periphery. Notes and Records. Notes Rec. (2016) 70, 269–286. <https://royalsocietypublishing.org/doi/pdf/10.1098/rsnr.2016.0021>

Volver a Bioanálisis
Volver a Newsletter 28-ALSF-ex-82

Notas al final

1.- Una comparación ultraquística según Sandor Ferenczi o de bisociación según Arthur Koestler basada en analogías interdisciplinarias que integren la computación, los géneros de materialidad de Gustavo Bueno y la relación cerebro-mente humana, permitiría establecer paralelos fundamentales entre el hardware-cerebro (M1), la fenomenología-mente (M2) y los sistemas simbólicos-software (M3). En la computación, el hardware constituye la base física sobre la que operan procesos análogos a los del cerebro como estructura neurobiológica. La mente, en tanto fenómeno representacional, se vincula con la interfaz perceptiva de los sistemas digitales (gráficos, sonido, interacción háptica), que generan experiencias fenoménicas dependientes de un sustrato material. Por otro lado, el software y los algoritmos, en su estructura formal, reflejan la dimensión simbólica y lógica de la conciencia humana, operando como sistemas relacionales capaces de modelar procesos cognitivos, aunque sin replicar la subjetividad propia del psiquismo.

2.- En el marco del Bioanálisis se define Subjetividad, Objetividad, Subjetivo y Objetivo bajo los siguientes términos 'Subjetividad': Es el dominio universal de autopercepciones y representaciones intrapsíquicas pertenecientes a la Materialidad Representacional (M2). Incluye tanto la percepción de uno mismo y del entorno como los mecanismos psíquicos que organizan y recalculan dichas percepciones. Es un conjunto amplio que abarca todo lo percibido y sentido desde el Yo. En tanto que 'Objetividad': Es un subconjunto dentro de la subjetividad que se refiere a representaciones y percepciones sujecionadas a reglas de materialidad (corpórea, representacional o relacional). Estas representaciones son comunicadas de manera denotativa y susceptibles de concordancia intersubjetiva, basándose en hechos verificables y consistentes. Por otro lado lo 'Subjetivo': se refiere a aquellas subjetividades, relacionadas con las cualidades propias del mundo interno del sujeto, es decir, las representaciones simbólicas, autosimbólicas, metafóricas, analógicas, proto-lógicas y connotativas influenciadas por deseos, emociones y percepciones individuales y que aluden a un dominio de representaciones que se experimentan de manera personal e íntima; mientras que lo 'Objetivo', designa aquellas representaciones de la subjetividad, que poseen una naturaleza lógica y operativa, sometidas a verificaciones empíricas o a concordancia con la realidad material y las interacciones racionales que concuerdan con la percepción de dos o más sentidos de parte de un sujeto y/o con la percepción por medio del mismo sentido por parte de terceros, configurando una 'concordancia de intersubjetividades', representando una perspectiva externa y verificable de los fenómenos percibidos o representados. Estos conceptos permiten distinguir Subjetividad y Objetividad de Subjetivo y Objetivo en tanto constructo de diferentes ordenes lógicos, diverso dominio material y diferente lenguaje utilizado para expresarlas (denotativo o connotativo).

3.- En una primera analogía, hablamos de una estructura arbórea invertida que se ramifica en niveles sucesivos, no obstante, una segunda analogía da paso a una imagen del tipo 'rizomática' (rizoma, raíces) y 'estrómic' (de 'estromas', raíces que se entremezclan entre sí, con raíces de otros niveles y/o con raíces de otros holones).

4.- Un mecanismo es una estructura funcional compuesta por elementos que interactúan para realizar una tarea específica, cuya interacción es independiente de la intencionalidad humana directa, estando su existencia y funcionamiento determinados por leyes naturales (físicas, químicas, biológicas), aunque puedan ser manipulados o aprovechados por los seres humanos. Está regido por leyes causales independientes del diseño o propósito humano, puede ser natural o artificial y se analiza desde el punto de vista de su funcionamiento interno. Ej: en la naturaleza, el mecanismo de la fotosíntesis en las plantas permite que componentes biológicos interactúen para convertir la luz en energía química, mientras que en el ámbito artificial, un reloj mecánico opera mediante engranajes y resortes que interactúan siguiendo principios físicos y mecánicos.

5.- Arthur Koestler utiliza el concepto de "nodo" en su modelo holónico para describir puntos clave de interacción en sistemas jerárquicos complejos. Un nodo es una unidad funcional que opera simultáneamente como un todo autónomo y como parte de un sistema más amplio, reflejando la esencia de los holones. Estas entidades combinan tendencias de autoafirmación, preservando su integridad individual, con tendencias integradoras, que las vinculan al sistema global. Una metáfora útil para entender esto es la de un árbol. Las ramas representan las conexiones y puntos de comunicación entre diferentes partes del sistema, mientras que los nodos son como bifurcaciones o uniones en esas ramas: sub-holones que conectan y organizan la estructura, permitiendo que el flujo de información y energía circule de manera eficiente entre las raíces, el tronco y las hojas. En las jerarquías, los nodos actúan como puntos estratégicos que facilitan la comunicación entre niveles superiores e inferiores, asegurando estabilidad y adaptabilidad. Más allá de ser puntos pasivos, participan activamente en decisiones, procesamiento de información y regulación de interacciones.

6.- Un todo atributivo se define como una entidad cuyas propiedades emergen de las características y relaciones internas de sus componentes. En este tipo de totalidad, las partes no se vinculan directamente con el todo, sino a través de sus interacciones entre sí. Las propiedades del todo no son simples sumas de los atributos de sus elementos, sino que dependen de cómo estos se disponen y conectan. Las partes se configuran como integrantes del todo y sus relaciones pueden ser simultáneas o sucesivas. Ejemplos clásicos de totalidades atributivas incluyen el cuerpo humano, donde los órganos interactúan entre sí para dar lugar al funcionamiento del organismo, una radio, cuyas partes (antena, circuitos, parlantes) se conectan funcionalmente entre sí para producir un resultado integrado, y figuras geométricas, como un cubo, donde las caras interactúan a través de las aristas para formar una estructura definida.

7.- No obstante, mientras que una computadora ejecuta operaciones sin subjetividad, la conciencia emerge de una integración holárquica, en la que M1, M2 y M3 se relacionan mediante determinadas symplekes. El estudio de la conciencia se plantea entonces como el análisis de un holón, una serie de anfmixias entre percepción-representaciones, simbolización y procesos psíquicos, y estructuras físicas neurofisiológicas, lo que plantea el desafío de comprender su naturaleza como un fenómeno emergente y ultraquístico, más allá del paradigma mecanicista. Las Series Complementarias surgen entonces como symplekes

resultantes de la combinatoria de tres elementos: el Yo, la pantalla de sueño y los Imagos. Esta tríada organiza la estructura de la conciencia en una relación de interdependencia, donde el Yo (Y) es el centro organizador de la experiencia subjetiva, la pantalla de sueño (PS) opera como un espacio intermedio de proyección y transformación de las representaciones, y los Imagos (I) constituyen el sustrato representacional y simbólico que dan forma a los contenidos psíquicos. La Conciencia, en este sentido, no es una entidad fija, sino un proceso en el que estas tres instancias se entrelazan y modulan mutuamente, formando una unidad utraquística y anfimixtica, en la que la subjetividad surge como una construcción dinámica y no como un simple epifenómeno neurofisiológico.

8.- El contacto físico, especialmente a través del tacto materno (por ejemplo, al ser sostenido o acariciado), constituye otra experiencia primaria de Conciencia. La piel funciona como un límite somático inicial que organiza el registro del “adentro” y el “afuera”, permitiendo al infante experimentar la separación entre sí mismo y el entorno. Este contacto táctil genera placer-displacer, integrando una base perceptual que será esencial para la posterior formación del esquema corporal y del yo

9.- El “Ojo de Dios” puede ser entendido como una representación simbólica de un registro arcaico e inconsciente que se forma a partir de la experiencia primaria de la mirada materna. Esta mirada, dirigida al infante, es el primer reflejo de reconocimiento de códigos no verbales que el ser humano percibe en su existencia. A través de ella, el niño no solo experimenta el sentido de ser reconocido y aceptado, u odiado, rechazado, envidiado, etc, y también internaliza una señal disruptiva (mal de ojo) o una señal constante que se graba en niveles profundos de la psique como una estructura aperceptual básica. Este registro de la mirada materna actúa como un “testigo interno” que organiza las primeras experiencias de placer-displacer y seguridad-amenaza, es un núcleo organizador primitivo que ayuda a estructurar la conciencia emergente, funcionando como un espejo en el que el niño comienza a construir su sentido del yo

10.- La voz de la madre, con sus modulaciones afectivas, crea un entorno sonoro que regula el estado emocional del infante. Esta experiencia primaria se internaliza como una presencia auditiva que organiza la sensación de continuidad y regula estados emocionales. Con el tiempo, esta resonancia auditiva se traduce en un marco para la simbolización y la capacidad de reconocer patrones de comunicación.

11.- La profundidad y la extensión de un holón dentro de una holarquía reflejan su complejidad y su alcance funcional en el sistema. La profundidad se refiere al número de niveles jerárquicos que integran al holón, es decir, su grado de integración y la cantidad de subsistemas o componentes interrelacionados que lo constituyen. Un holón con mayor profundidad tiene una estructura interna más rica y compleja, capaz de sintetizar elementos diversos y generar propiedades emergentes sofisticadas. Por otro lado, la extensión se relaciona con el alcance de las interacciones y la influencia del holón en su entorno, es decir, su capacidad de impactar otros holones en el mismo nivel jerárquico o en niveles superiores e inferiores. Mientras que la profundidad determina cuán intrincado es el holón en su funcionamiento interno, la extensión mide su influencia externa, su conectividad y su resonancia dentro del sistema mayor al que pertenece. Ambos aspectos son interdependientes: un aumento en la profundidad suele potenciar la extensión al permitir respuestas más complejas y adaptativas dentro de la holarquía.

12.- Los términos anatómico y antrópico distinguen dos tipos de procesos según su origen. Lo ‘anatómico’ se refiere a dinámicas que se predicen, es decir, emergen espontáneamente como resultado de la autoorganización intrínseca de un sistema, sin una intervención intencional. Por otro lado, lo ‘antrópico’ implica procesos que se construyen, definidos por la intervención deliberada y consciente de un agente externo, respondiendo a un propósito diseñado. Esta distinción resalta cómo ciertos sistemas, como la conciencia, emergen naturalmente, mientras que otros son el resultado de actividades humanas dirigidas.

13.- Un todo distributivo se caracteriza por estar compuesto por partes independientes que mantienen autonomía en su relación con el conjunto. Cada parte reproduce, de manera individual, las propiedades esenciales del todo, lo que permite que el todo se “distribuya” en sus partes. En este tipo de totalidad, las partes no dependen de conexiones o interacciones con otras para formar el todo, sino que son representaciones completas del conjunto en sí mismas, y se caracteriza por estar compuesto por partes que son autónomas en su relación con el conjunto, reproduciendo cada una las propiedades esenciales del todo. Estas partes no necesitan estar conectadas entre sí para definir el todo, sino que representan de manera independiente sus características fundamentales. Ej: en la clasificación taxonómica de los primates, el grupo “Primates” es un todo distributivo que incluye subgrupos como los homínidos (humanos, chimpancés, gorilas) y los cercopitecoideos (monos del Viejo Mundo). Cada subgrupo refleja las características esenciales del conjunto “Primates” (como la presencia de un cerebro desarrollado o extremidades adaptadas para el movimiento en árboles), pero su existencia no depende de los otros subgrupos. Otro ejemplo más simple y cotidiano sería un árbol frutal, como un manzano que produce manzanas. El conjunto “manzanas” es una totalidad distributiva porque cada fruta tiene las propiedades esenciales del conjunto (forma, sabor, estructura), pero no depende de las otras manzanas para existir ni para reproducir estas características.

14.- En términos de Arthur Koestler, la ‘diseccionalidad’ de un holón se refiere a su doble orientación funcional dentro de una jerarquía, conocida como el principio de Jano. Todo holón (n) actúa simultáneamente como una parte subordinada respecto al holón superior (n+1) y como una totalidad autónoma respecto al holón inferior (n-1). Con relación al holón superior (n+1), el holón (n) se integra dentro de un sistema más amplio, subordinándose a las reglas y funciones que rigen dicho nivel. Por ejemplo, una célula (n) forma parte de un tejido (n+1) y contribuye a su funcionalidad global. Por otro lado, en relación con el holón inferior (n-1), el holón (n) organiza y regula los componentes que lo constituyen, garantizando su autonomía operativa frente a las unidades que lo componen, como los orgánulos en una célula. La diseccionalidad asegura la coherencia jerárquica, permitiendo que cada holón funcione como un puente dinámico entre niveles, equilibrando sus roles de subordinación e independencia.

15.- El “estado de flujo” es un concepto psicológico que describe la experiencia de inmersión total en una actividad. Mihály Csíkszentmihályi (1934-2021) lo definió como un estado en el cual una persona se encuentra completamente absorta en una tarea,

perdiendo la noción del tiempo y experimentando un profundo sentido de satisfacción. Durante este estado, la concentración es total, la percepción del tiempo se desvanece, y hay una claridad de objetivos que proporciona una dirección clara y un propósito. La retroalimentación inmediata de la tarea permite ajustes continuos, brindando a la persona un sentido de control. Además, el estado de flujo se caracteriza por un equilibrio delicado entre las habilidades de la persona y los desafíos de la tarea. [‘La Formación del Carácter’ Gallardo, JV. 2024]

16.- Un todo configuracional se define por la organización y las relaciones entre sus partes, de manera que las propiedades del conjunto emergen de estas interacciones. A diferencia de un todo distributivo, donde las partes son autónomas, o un todo atributivo, donde las propiedades derivan de la suma de las características de las partes, en un todo configuracional el todo no puede reducirse a las partes aisladas ni a sus atributos individuales. Las relaciones internas generan propiedades emergentes que no están presentes en las partes por sí solas, sino que proceden de la organización y las interacciones constantes entre los miembros del grupo: ej: en un grupo de primates, las relaciones jerárquicas y sociales generan propiedades del grupo (cohesión, protección frente a depredadores o eficiencia en la búsqueda de alimentos) que no puede ser explicadas observando a sus miembros individualmente; o una orquesta sinfónica, donde la orquesta como totalidad configuracional no es simplemente una suma de instrumentos musicales; las propiedades del conjunto, como la armonía o la calidad del sonido, emergen de la coordinación y sincronización entre los músicos y sus instrumentos. Sin esta interacción, los instrumentos por separado no podrían producir las mismas propiedades del todo.

17.- Las propiedades fundamentales de los holones, según Koestler (1966), permiten comprenderlos como nodos esenciales en la estructura y funcionalidad de sistemas jerárquicos complejos, aplicables a organismos vivos, sistemas sociales y estructuras inorgánicas. Estas propiedades que destacan su doble naturaleza como totalidades autónomas y partes interdependientes dentro de una jerarquía, son las siguientes: 1.- Tendencia Autoafirmativa: Los holones poseen una inclinación hacia la preservación y afirmación de su propio patrón de actividad. Esta propiedad refleja su autonomía y capacidad para operar como entidades completas dentro de la jerarquía; 2.- Tendencia Integradora: Los holones buscan integrarse en un todo mayor, lo que expresa su dependencia funcional de los niveles superiores en la jerarquía y asegura la cohesión dentro del sistema; 3.- Polaridad Autoafirmativa-Integradora: Estas dos tendencias están en equilibrio dinámico, representado por el “principio de Jano”. Este equilibrio es fundamental para la estabilidad y funcionalidad de las jerarquías, al evitar tanto la disgregación por exceso de autoafirmación como la subordinación excesiva debido al predominio de la integración. 4.-Reglas Fijas y Estrategias Flexibles: Los holones operan bajo un conjunto de reglas específicas que garantizan su consistencia, pero también poseen un margen de flexibilidad estratégica que les permite adaptarse a diversos contextos y contingencias; 5.- Jerarquías Abiertas: Los holones están integrados en jerarquías multinivel, donde cada nivel está compuesto por holones que son simultáneamente partes de un nivel superior y totalidades respecto a sus componentes inferiores; 6.-Interdependencia Dinámica: En situaciones de estabilidad, los holones funcionan en armonía, pero bajo estrés pueden surgir conflictos entre la autoafirmación y la integración, lo que puede ocasionar disfunciones en el sistema

18.-Un todo procesual se caracteriza por definirse a través de las dinámicas, transformaciones y flujos en el tiempo, más que por una estructura fija o la suma de sus partes. En este tipo de totalidad, lo esencial no es solo la existencia de los componentes, sino las interacciones continuas y los cambios que ocurren en el proceso mismo. El todo procesual no puede comprenderse sin considerar su temporalidad y las relaciones dinámicas entre sus partes. Ej: en el desarrollo evolutivo de los primates, el proceso de adaptación al entorno a lo largo de millones de años constituye un todo procesual. La evolución de características como la postura bípeda en los homínidos o la capacidad de manipulación precisa con las manos no es un resultado estático, sino un flujo continuo de cambios genéticos y ambientales que configuran el todo a través del tiempo. Un ejemplo más simple sería un fuego, como el de una fogata. El fuego no puede entenderse como una suma de las partes (madera, oxígeno y calor) en un momento dado, sino como un proceso dinámico en el que la interacción constante entre esos elementos genera la llama. La naturaleza del fuego está en su dinámica y transformación continua, no en sus componentes aislados